

La idea y el sentimiento religiosos, la preocupación por Dios, recorre una línea ascendente en la gráfica de este gran enfermo que es la humanidad postnovocentista. No «ha muerto Dios». Al contrario, cobra mayor vigencia, y en una dimensión más entrañable que externa, más estrictamente religiosa, el «Dios a la vista».

En este sentido, la experiencia masiva de encuestas, cursos, conversaciones, congresos, se ve corroborada por la experiencia individual. Apenas roza el diálogo la zona de la sinceridad, se descubre el secreto afán de conocer la porción que Dios haya querido dejar patente de sí mismo. Son sobre todo hombres jóvenes, contra lo acostumbrado hace sólo pocos decenios, los que andan forcejeando por encontrar la fórmula de autenticidad para su vida religiosa. Esto sin contar las decenas de millones que en otras latitudes viven y sufren su fe.

Hay elementos de izquierda y de derecha que, aunque crean tenerla, no tienen fe. Lo delata su falta de caridad. No pueden tener a Dios puesto que han olvidado al hombre (1 Jn 4²⁰). Descartados totalmente esos elementos, es verdad que en algunas regiones el sentimiento religioso se enturbia de anticlericalismo o de cierta impermeabilidad a la formulación dogmática, gratuitamente considerada como racionalista y dieciochesca —¿ignorancia, insumisión, inadecuación vital en la explicación y aplicación de la Teología?...—.

Pero aun en estos casos, la existencia de un *organum religiosum* viviente es innegable.

Detector infalible, el arte anuncia también que lo divino sube en pleamar. El «arte religioso» ha llegado a entrar en una etapa refleja, imprevisible hace pocas décadas. Puede hablarse hoy —muchas veces no sólo en la solución sino aun en el problema, no sólo en el espíritu de la realización sino aun en el cuerpo del tema—



PROYECCIÓN

de un «arte confesional», buscado conscientemente, hasta dolorosamente, comprometido en la empresa no sólo estéticamente, como el Romanticismo catolizante, sino ideológica y personalmente. Ha corrido mucha agua, y lágrimas y sangre, bajo los arcos de cierto «arte puro» y de esa histórica «asepsia del microbio religioso». Nombres y obras surgen en lista fácil muchas veces repetida. Baste aludir, en hondura, al margen de las exterioridades periodísticas, a la actual Laforet.

Pero quedan hechos más sintomáticos, si cabe, del retorno a Dios. Esas retiradas «de enfrente» hacia «tierra de nadie», de personas demasiado representativas e influyentes para pasar inadvertidas. Camus con su «L'Homme Revolte» y la querrela con Sartre. En otra línea, Pedro Salinas, antes de marcharse, nos deja «La bomba increíble». Bertrand Russell publica en Inglaterra «Human Society in Ethics and Politics». Todos unánimes anclan en riberas de amor, en un vigoroso acto de fe en el amor mutuo de todos los hombres llevado hasta el sacrificio, como en la única virtud capaz de regenerar desde dentro esta sociedad que se descompone. Esto, aunque fruto de la ósmosis cristiana, no es ciertamente cristianismo, caridad, ni siquiera religión. Pero ¿no es quizás, en la providencia divina, una presurosa propedéutica hacia el Cristianismo, religión de amor, hacia Dios, que es Amor?

Estos son los hechos. Grandes oportunidades ofrecidas por el Padre a nuestra responsabilidad de hermanos mayores. Nosotros, cristianos, cristó-foros, portadores, anunciadores de Cristo, ¿sentimos la «caridad de Cristo que nos urge» (S. Pablo) a ayudar con palabra y con vida, con testimonio y presencia, a tanto hermano que mira hacia la casa paterna?

Sólo un estudio a fondo y una vida hora tras hora de nuestro dogma, con voluntad kerigmática, de anunciación y apostolado; sólo una viviente estructuración maciza de todo nuestro credo en el dogma integral del Cristianismo —el Cuerpo Místico—, puede hacernos hoy —lucha intelectual, lucha social— aptos instrumentos del Dios que salva al hombre por el hombre,

La esperanza para el mundo sólo puede surgir de la fe y de la caridad.